

Desafíos de la transdisciplinariedad

Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (editores)
Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2002.

Rodolfo Masías Núñez

Profesor asociado, Departamento de Ciencia Política, Universidad de los Andes

DESAFÍOS DE LA TRANSDISCIPLINARIEDAD es una compilación de artículos verdaderamente importante para esclarecer y posibilitar el debate sobre los problemas actuales de identidad y reidentificación que experimentan las ciencias sociales. Tiene la virtud de presentar diversas posiciones y reflexiones que apuntan al establecimiento de un perfil diferente, una renovación necesaria para el conjunto de estas disciplinas. El libro se enfoca en ese movimiento, cada vez más punjante, que no acepta y repara la conformación histórica de este campo en disciplinas con objetos precisos, métodos particulares y configuraciones institucionales que las producen y reproducen socialmente. Movimiento que, además, cuestiona la enseñanza y transmisión de conocimientos en la academia puesto que coacta los abordajes integrales y no promueve una asunción holística. También en conjunto es una expresión de esa conciencia crítica y renovadora, siempre inseparable de la historia misma de estos saberes desde que se constituyeron como tales. Los compiladores justifican el proyecto editorial de la siguiente manera:

El esfuerzo de presentar este libro es promover en los lectores un diálogo que continúa entre éstos y muchos otros académicos en el mundo. Si las nuevas humanidades pueden resultar inciertas, enfrentar el reto que ellas plantean, por

lo menos para muchos de nosotros y nosotras, es un camino sin retorno. Ésta parece ser una época de creación pero a la vez de cierta inseguridad, pero el debate es esencial pues esta vez no sólo se trata de reconstruir la ciencia y sus prácticas, sino de reconstruirnos a nosotros mismos. Un espíritu renacentista en plena globalización parece perfilar nuevas formas de ser y de pensar, e inevitablemente, el diálogo sigue abierto (p. 18).

El libro contiene doce artículos, más la lúcida introducción de los editores que sirve para ubicarlos y aclarar su propósito. Si bien los compiladores aplican un continuo entre menor o mayor fundamento modernista o posmodernista de los artículos para clasificarlos respecto del radicalismo con que asumen la transdisciplinariedad, bien pueden ser organizados de maneras diferentes, redundando en una mayor riqueza para el libro. Así, justamente, hay trabajos que tratan a nivel teórico y conceptual el problema de la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad en un plano epistemológico y metodológico ("La interdisciplinariedad y los problemas sociales", de Alfonso Borrero, y "Problematizar la interdisciplina: sobre la tentación totalizante", de Roberto Follari). Otros se sitúan en campos específicos, como el de la teoría social y su enseñanza o en el llamado enfoque subalterno, al proponer críticas y revisiones, al tiempo que ofrece alternativas ("La enseñanza de la teoría clásica, con la inclusión de: mujeres teóricas, biografía, historia y el entorno

biofísico" de Lynn McDonald, y "Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley" de Guillermo Bustos). También hay los que desarrollan puntos de vista sobre disciplinas en especial, como la historia y la literatura, analizando y cuestionando sus formas discursivas y concepto de narrativa ("La verdad narrativa y la narrativa adecuada: la historia después del posmodernismo" de Nancy Partner, y "La literatura de nuevo al centro: abrir el archivo" de Carmen Millán de Benavides). Entre éstos está un artículo sobre las instituciones educativas, el papel que ocupan como transmisoras de cultura dominante y cómo han limitado la creatividad de los intelectuales poscoloniales ("Formaciones intelectuales emergentes: el posicionamiento de las universidades y de las culturas regionales en una era poscolonial"). En síntesis, el libro contiene reflexiones filosóficas, teóricas, pedagógicas e históricas, al tiempo que ilustra sobre la perspectiva poscolonial y el llamado enfoque subalterno.

En todos estos trabajos, si no en su mayoría, no está exento el tema de la vida institucional que hace al microorden social y sistema de integración disciplinar. Las disciplinas de las ciencias sociales son entramados institucionales, verdaderos sistemas que buscan su reproducción y que se revelan con el tiempo con tendencias autorreferenciales. Como instituciones, contienen reglas, recompensas y castigos, y crean formas no siem-

pre ideales de legitimación. Las ciencias sociales son presas de los mandatos de las propias exigencias de reproducción del entrampado institucional. Las conformaciones institucionales disciplinares, cristalizadas como departamentos académicos (para mencionar una de sus expresiones características), vienen siendo desbordadas, desafiadadas y arrinconadas frente al embate de otras prácticas y otra maneras de concebir problemas de investigación, cuya resolución se ve dificultada con la aplicación de enfoques parciales y metodologías normativas.

La compilación es plenamente sugerente en otros tantos asuntos cruciales. Cuando se ven las tradiciones teóricas y disciplinarias con marcos amplios como el concepto de modernidad y posmodernidad (representaciones de grandes horizontes culturales, cosmovisiones y mentalidades), se hace conciencia de las complicidades y elementos que comparten, arrojando una visión menos fragmentaria de la que normalmente se piensa entre éstas. Las ciencias sociales son fenómenos inherentes al proyecto de la modernidad, a la racionalización de la vida social, lo cual explica sus delimitaciones especializantes y sus fines, y además su agotamiento. Aunque aparezca como un asunto zanjado en el campo epistemológico y metodológico, varios de estos textos estriban en la tesis que no es la realidad social una entidad segmentada, dividida en áreas. No hay argumento ontológico para sustentar la existencia de disciplinas diferentes. Como se afirma en uno de los artículos, la fuente de investigación radica en la realidad, y ésta no está compartimentalizada. Pero las dificultades que acarrea la segmentación disciplinaria no se solucionan, en el marco de este espíritu renovador, con el fácil expediente de la fusión de disciplinas; la cuestión es más comple-

ja, pues los postulados de la transdisciplinariedad se proponen como la aceptación de nuevos campos en los que se actúa gnoseológicamente de modo distinto.

De estos trabajos se extrae la idea (quizás una interpretación muy personal) de que las ciencias sociales están atravesando un momento especial que puede denominarse de modos distintos: es una época de crisis, atraviesan el fin de una era, se hallan en el momento más álgido de sus propias aporías, están interpeladas en su identidad. Es un tiempo de incertidumbre en cuanto a sus fronteras, de indecisión de sus contenidos, en palabras de Foucault en la *Arqueología del saber*. La señal más importante de la época se encuentra en el lenguaje y la ficción que ofrece. La tradición disciplinar llega a su punto de mayor imposibilidad por el efecto de ficción que conlleva su discurso, el cual es una consecuencia inevitable de su narrativa misma. Los conocimientos disciplinarios, que son relatos, "ficcionalizan" profundamente la realidad. El aserto no sólo tiene que ver con el discurso de la historia: se aplica como crítica de conjunto a las disciplinas conocidas. Algo por deducir de este carácter es una renovación del lenguaje posiblemente más natural, menos codificado y más universal.

Si se hiciera el ejercicio de sintetizar el "desafío de la transdisciplinariedad" en un único programa con su diagnóstico, en la forma de un tipo ideal, quedarían en este retrato algunos aspectos flacos, tal vez controvertidos, y otros sin respuesta contundente. Los desafiantes tendrían que explicar mejor en qué consiste la novedad de la mirada a las implicaciones políticas y éticas de la producción de conocimiento. Por lo que se sabe, esta pretensión y esta necesidad, en una visión de largo aliento, ha estado presente desde siempre en las ciencias sociales.

Todo el tiempo ha germinado, y se ha desplegado una disidencia o una conciencia crítica política e ideológica en esta historia particular del saber social. O hemos tenido un marxismo cuestionador, un weberianismo preocupado por la posibilidad de la neutralidad valorativa, o una teoría crítica de la sociedad, cuando no –más recientemente– posiciones que observan la existencia de una perniciosa creación interesada de una voluntad de verdad. No queda, así, perfectamente claro, a qué o a quiénes va dirigido este llamado de atención. Es decir, desde cuándo fue que la intelectualidad toda perdió la conciencia de las implicaciones políticas y éticas de la producción de conocimientos. En todo caso, son aseveraciones demasiado generales, con descuido de una memoria histórica más cabal.

Es igualmente difícil de aceptar a plenitud la explicación del cuestionamiento de la disciplinación y su agotamiento como proyecto de saber, como un efecto de las transformaciones a nivel global, en la forma de un subproducto de otros cambios en otras esferas. Esta explicación tiene un defecto metodológico serio pues remite a un viejo esquema de causalidad duramente criticado. No parece que la disciplinación llegue a sus límites por causas mayores que la trasciendan. Sería mejor entenderla como un cambio simultáneo a otros cambios, una cadena de cambios encadenados, todos dentro de una temporalidad compartida. Ahora bien, si el pensamiento posmoderno admite y defiende la contingencia en la historia y en la comprensión de los fenómenos sociales, ¿cómo es que el desafío se propone a veces como una necesidad histórica? El comentario se dirige a que tampoco es posible encontrar la mejor sustentación para la necesidad transdisciplinadora. El tiempo y su propia

construcción social de la verdad lo dirá.

En esta línea de crear un perfil básico del “programa” en cuestión, resulta polémica –aunque comprensible por su estado embrionario– la definición de lo transdisciplinario. Se dice que los nuevos campos que pretenden superar la tradición disciplinaria no constituyen disciplinas sino espacios transdisciplinares, que tienen un carácter no disciplinar. Que como tales no presentan sus propios principios, teorías y métodos, sino que se apropián de las ciencias instituidas. La pregunta inmediata es por la identidad o por el tipo de identidad a que refiere: ¿Deberían tener una identidad y de qué forma? Sin embargo, adolece asimismo de la ambigüedad de una definición por oposición, que no afirma, que no expresa una cualidad sustancial. Por otro lado, al decir que no son disciplinas, sino espacios o campos, tampoco definen con precisión qué es lo que son: ¿Qué es un campo?, ¿qué es un espacio? Entre tanto, esa idea de la apropiación un poco parasitaria de los saberes antecesores, ¿no evidencia, acaso, antes que una ruptura una continuidad y legitimación de las prácticas de conocimiento de las disciplinas? Por

último, es difícil imaginar en el tiempo un movimiento que no se institucionalice de alguna manera y que, como en la actualidad de las disciplinas, se vea atravesado a sí mismo por las relaciones de poder de las prácticas sociales que cuestiona, pero de las que también es parte y sostiene. Para Alberoni, (*Movimiento e institución y Enamoramiento y amor*) todo movimiento social luego de experimentar un “estado naciente” que rompe con un cotidiano hegemónico, tiende a rutinizar sus prácticas, a establecer contornos de una figura de institución, con todas las ventajas y limitaciones que ello supone.

Una última reflexión se relaciona con la comunidad de las ciencias sociales, ya ni siquiera con la institucionalidad académica, asunto que no debe tomarse como una omisión en la compilación, mas como una cuestión importante que suscita. Esta “comunidad” en grueso no sólo padece de la segmentación por disciplinas; está dividida por pertenencias e identidades geográficas y tradiciones culturales (ciencias sociales anglosajona, francesa, latinoamericana y todas las variantes nacionales dentro de esta última), asimismo entre quienes ven como fin supremo la interven-

ción práctica y para quienes tal fin es la investigación o producción de conocimientos (universidades y organizaciones no gubernamentales de promoción social). Además, están segmentadas también entre los que sólo pueden transmitir o difundir los conocimientos creados y los que tienen las posibilidades de hacerlo (investigadores y profesores de escuela). Todas estas escisiones deben ser consideradas en un proyecto de transformación histórica de las ciencias sociales, de manera que las nuevas tendencias trasciendan los pequeños núcleos en que ahora se despliegan y puedan propalar sus ideas a todo lo largo y ancho de esta comunidad.

En fin, el libro como conjunto, y los artículos en particular, motivan así muchas reflexiones de fondo, pero es además una lectura recomendable para otras áreas. Pueden –y ojalá lo hagan– leerlo abogados y geógrafos, biólogos y médicos, críticos de arte y arquitectos, entre otros. Encontrarán buenas razones para pensar desde sus orillas esta corriente reformadora. Y es que tampoco habría que pensar que la propuesta transdisciplinaria sea asunto exclusivo de las llamadas ciencias sociales.